

polvo, estaba al lado mío en cierta ocasión. Sin mirar, golpeaba con una caña todo cuanto sus ojos veían, al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas. Parecía que remedaba a su antecesor troglodita, que había cazado un bisonte tras mucho tiempo de espera.

—¡Hombre, que estoy trabajando, déjame en paz!

—Y yo estoy en la calle y hago lo que quiero. ¿Y a eso le llama usted trabajar?

Sin más comentario, creo que en esa actitud hay todo un ideario proletario encerrado. El galán no sabía, pero opinaba.

Vamos a otra pregunta. Esta es buena.

—¿Qué está usted pintando?

Si frente a la realidad no se reconoce el objetivo, ¡qué será después!

Es bien interesante que por los campos de España haya muchos individuos que no saben ver, es decir, que nunca han cotejado en su vida una postal con un lugar.

Otras veces la pregunta no se refiere a uno, pero es ofensiva.

—¿Ha visto usted lo que hace fulano? ¡Ese sí que lo hace bien!

Y entonces uno, ¿cómo lo hace? Sin darse cuenta se proyecta una comparación despectiva que uno no había pedido.

También es curiosa la comparación que se hace con el pastelista de acetileno y rifa. Muchos, al chocarles que se esté varios días en el mismo sitio, suelen comentar entre sí:

—¿Se acuerda Ud. del de la otra noche? ¡Ese sí que lo hacía pronto!

Al que piense algo parecido o le extrañe la repetición del tema, le recordaré que Monet presentó cuarenta veces la Catedral de Rouen, y que constantemente insistía en las ninfas de su jardín. Cezanne, también repetía los temas con variantes o sin ellas. Acaso esto no pueda ser dato en favor, pero nunca en contra.

La última pregunta, la favorita del que quiere ser galante y no sabe que decir, es:

—¿No estará acabado?

—No, todavía falta mucho—, se contesta.

—Ya decía yo— replica el otro, suspirando.

Si se quiere agrandar, vaya un consejo. Es mejor que se diga:

—Aunque parece que no está acabado, ya se ve lo que va a ser.

Con lo que no se dice nada bueno ni malo. Por si se quiere entender, lo que claramente se dice, es que ni se entiende ni gusta.

Hoy se piensa que toda la estética y la psicología de la obra de arte está en los dibujos y en los bocetos.

Sabido es el caso de Constable, del cual hoy se cotizan mucho más sus bocetos que sus cuadros para los museos, y que tenía la costumbre de hacer bocetos de casi el tamaño del cuadro.

No olvidéis que para el técnico, la obra pierde con el acabado; es más fría, más impersonal, menos espontánea, más cerebral. Se admira tanto o más los dibujos, que los cuadros de Goya, y cada vez será más estudiado como dibujante que como pintor. Siempre serán más interesantes las incorrecciones del Greco, que sus concordancias con la realidad.

Esta última que vamos a recordar, no se puede llamar pregunta; es una afirmación repelente cuando el traseunte fué del gremio. No abunda mucho, porque el del oficio suele estar dolido de los mismos golpes.

—Yo también he pintado, pero ya sabe Ud., los negocios me lo hicieron dejar.

Realmente ésta es evocación amarga. Uno, como él, no vale. Uno, como él, no llega. Generalmente lo sabemos, pero nos lo dice; él se retiró a tiempo. No gustó, no hizo gran cosa.

Sabemos que en general, el que es artista, triunfa, y, también, sabemos que el arte verdadero es dominante y no nos deja. Cuando lo dejamos, es que hace tiempo él nos abandonó.

Es por tanto la evocación más lacerante para el que se le fué la ilusión, quedando visible el grotesco esqueleto de la muerta realidad.

Sabemos que aquél no es artista, porque es un pantógrafo inscrito en el Registro Civil. Sabemos también que una obra de arte no es un dibujo coloreado en casa. Sabemos muchas cosas más y las callamos por prudencia que no tienen los demás.

Conocemos que el arte es una ilusión que arrastra ciegamente y que ciegos nos lleva a creernos seres creadores, a buscar armonías ocultas que otro no supo ver, a decir mejor lo que otro no expresó bien, a superar a los demás, pero más auténticamente, a superarse a sí mismo en un eterno afán de hacer algo mejor, cada vez mejor.

En definitiva, hay una pregunta que tiembla en el aire, que parece que empieza a rozar los oídos y que no se hace. Quizás sea mejor que no se haga.

—¿Si no expone, si no vende, si no enseña, para qué pinta usted?

Es mejor como decía, que no se haga la pregunta porque la respuesta sería:

—Para no tratarme con Ud. Para no participar en nada, ni en su vida, ni en sus pensamientos, ni en la farsa de lo que usted dice.

Eso es pintar. Es evasión de un mundo que desagrada, es llenar las horas en que manda el deseo de no hablar y sobre todo el soberano deseo de que no le pregunten a uno gente menuda que no le van a entender. Es una fuga del mundo, para volverlo a crear con nuestras manos, con palabras o con pinceles.

Dicen los que entienden de esto, que el pintar tiene valor terapéutico, que es sedante, que es recreo en el etimológico sentido de la palabra, que vuelve a proporcionar energías al espíritu.

Debe ser así. Además conviene ligarse a algo, a un mundo objetivo que no canse ni moleste, el mundo de las cosas que no hablan y no muerden.

Debe ser bueno, porque lleva consigo un ejercicio de los sentidos en un intento de captación y dominio de las cosas. Puede ser proyección del yo, pero intenta ante todo ser reconstrucción del mundo y hasta creación, en lo que cabe, además de las horas vacías que se llenan sin preocuparse de los demás y con una esperanza recíproca de que los demás no se acuerden de nosotros.

Volvamos al tema del Cabo Creus que, visto en la tarde, cada cinco minutos cambiaba.

Entre sus envolventes de gasa y luz, grande y digno, cada momento de su aparecer, valía un intento de fijación en un lienzo que fuera sin igual.

El hombre en todas partes, ¡qué pobre y qué vacío! Cuan llenos de nada estamos, y cuanto perdemos con hablar y tanto más cuando nos creemos más hábiles.

Todo el por qué de tanta preocupación y de tanta pregunta cabe en la cubierta de un librito de papel de fumar.

Por muchas vueltas que le dé la gente, no entenderá jamás el por qué de la cultura, de la cultura sin interés, y mientras más se afanen por saberlo, menos darán en su razón de ser.

GUILLERMO TÉLLEZ

Numerario de la Real Academia de Bellas Artes y C. H. de Toledo.

